

tiempo atrás á sujetarse á una estricta subordinacion y obediencia á las órdenes de un gefe ya respetado de antemano; eran por el contrario, soldados aventureros que habian entrado en una empresa en que todos juzgaban tener igual parte; por manera que su caudillo era el caudillo de un dia, un hombre poco mas que igual á todos los demas.

Comenzó, pues, á cundir el descontento entre aquellas gentes, con motivo de su dilatada mansion en un país extranjero; aumentándose aquel considerablemente, luego que supieron que el capitan se proponia trasladar el campo á las cercanías del nuevo puerto descubierto por Montejo. "Ya era tiempo de volvernós, decian, y de contar al gobernador de Cuba lo que hemos hecho, y no de aguardar en estas playas estériles á que acuda contra nosotros todo el imperio mexicano." Cortés calmaba como podia su impaciencia, asegurándoles que no tenian justos motivos de estar disgustados: "todo ha caminado hasta ahora prósperamente, y no hay razon para temer que ahora que hemos tomado una posicion mas ventajosa, será menos lucrativo nuestro tráfico con los indios."

Cuando esto pasaba, se presentaron una mañana cinco indios, que fueron conducidos á la tienda del general. Su vestido y todo su aspecto era enteramente distinto del de los mexicanos. Llevaban en las narices y orejas, anillos de oro y brillantes

## CAPITULO VII.

Disturbios en el campamento. — Plan para formar una colonia. — Conducta de Cortés. — Marcha á Zempoala. — Lo que hizo con los naturales. — Fundacion de Veracruz.

(1519.)

Nada aburre ni corrompe mas la paciencia y disciplina del soldado, que vivir ocioso en un campamento, pues en vez de pensar en sus empresas y en sus movimientos, sus ideas se concentran en sí mismo y en los peligros y privaciones que se le esperan. Tal sucedia precisamente en el caso presente, en que las tropas sufrían además de las penalidades de una subsistencia escasa, las de el calor excesivo, plagas de insectos ponzoñosos y demas incomodidades propias de un clima cálido. Por otra parte, distaban mucho de ser tropas regladas, acostumbradas de

pedras de color azul; y pendiente del lábio inferior una hoja de oro, delicadamente trabajada. Marina no comprendia su lengua; pero habiéndoles hablado en azteca, vió que dos de los cinco le comprendian y podian conversar con ella. Dijeron ser naturales de Zempoalla, capital de los Totonecas, poderosa nacion y que hacia muchas centurias habia venido á la gran mesa central, y que despues de bajar sus pendientes, se habian fijado en las sierras y llanuras espaciosas que ciñen el golfo mexicano por la parte del Norte. Eran una de las recientes conquistas de los aztecas, quienes les habian oprimido y vejado de de tal suerte, que estaban impacientes por sacudir el yugo de sus conquistadores. Informaron á Cortés de estos y otros pormenores, y le dijeron que la noticia de la venida de los españoles habia llegado á oídos de su señor, quien les habia enviado de mensajeros, para solicitar de aquellos maravillosos huéspedes, que fuesen á la capital de la provincia.

Cortés escuchó con gran placer aquellas nuevas, pues que él no sabia lo que hemos dicho antes acerca del estado interior del país, y no tenia razon alguna para no creer que todo él fuese un reino fuerte y unido. Habia alumbrado su mente una importante verdad; su ojo perspicaz descubrió al punto en aquella discordia intestina una potente palanca con que derrumbar el imperio. Recibió á los enviados totonecas con la mayor cortesía; y despues de infor-

marse lo mas que pudo de sus disposiciones y recursos, les despidió haciéndoles algunos regalos y ofreciéndoles que cuanto antes pagaria á su señor aquella visita.<sup>1</sup>

Al mismo tiempo los amigos de su persona y particularmente Alonso Hernandez, Puerto-Carrero, Cristóbal de Olid, Alonso de Avila, Pedro de Alvarado y sus hermanos, se afanaban por persuadir á las tropas á que dejasen á Cortés hacer todo aquello que abrazaban sus ambiciosos planes, para cuya ejecucion no necesitaba de los poderes de Velazquez. "Volvemos ahora, decian, seria abandonar nuestra empresa á la puerta de un camino en que conducidos por semejante caudillo alcanzaremos gloria é incalculables tesoros. Regresar á Cuba seria para entregar al gobernador las pequeñas ganancias que hemos tenido. El único partido que nos queda es instar al general para que funde una colonia permanente, cuyo gobierno tenga la direccion de los asuntos, y provea á los intereses de sus miembros. Verdad es que Velazquez no ha facultado á Cortés para tanto; pero el interés de los monarcas, que es la razon suprema, exige esta medida imperiosamente."

Tales conferencias no pudieron quedar tan ocultas, bien que se hubiesen tenido por la noche, que no llegasen á oídos de los amigos de Velazquez;<sup>2</sup> los

<sup>1</sup> Bernal Diaz, Hist. de la Conq., cap. 41. Las-Casas, Hist. de las Indias MS., lib. 3, cap. 131. Gomara, Crónica, cap. 28.

<sup>2</sup> La carta del cabildo de Veracruz no habla nada de estas confe-

cuales representaron contra aquella conducta considerándola perversa y desleal. Acusaron al general de que quería seducirles, y le intimaron que si no tomaba al punto las medidas necesarias para volverse á Cuba, ellos se volverían con todos cuantos permaneciesen fieles al gobernador.

Cortés, lejos de irritarse de aquella conducta rebelde, y en vez de replicarles en el mismo tono altanero, les respondió humildemente, "que de nada estaba mas distante que de querer propasarse de las instrucciones que le habia dado el gobernador: que por lo tanto resolvía permanecer en aquel país y continuar su provechoso comercio; mas que si el ejército no era del mismo dictámen, él se sometería luego á lo que dispusiese, y obsequiaría sus ardientes deseos de volverse."

A la mañana siguiente dió orden de que se aprestasen las tropas para embarcarse al punto en la flota que iba á partir para Cuba.<sup>1</sup> Grande fué la impresión que produjo aquella orden del general! Aun los mismos que la habian poco antes solicitado con ahin-

rencias nocturnas; mas Bernal Diaz, que estaba presente á ellas, me parece suficiente autoridad. Véase la Hist. de la Conq., cap. 42.

<sup>1</sup> Gomara, Crónica, cap. 30. Las-Casas, ubi supra. Ixtlilxochitl, Hist. Chich., MS., cap. 80. Bernal Diaz, loco citato. Declaracion de Puerto-Carrero, MS.

La declaracion de una persona tan respetable como Puerto-Carrero, dada en el año siguiente á su vuelta á España, me ha parecido un documento de tanta autoridad, que lo he traducido íntegro en el núm. 7 de la 2ª parte del Apéndice.

co, quedaron disgustados de ella; sin duda por esa caprichosidad propia de hombres cuyos deseos han sido muy fácilmente satisfechos. Los partidarios de Cortés eran muy ásperos en sus quejas: decían que el general les habia engañado, y rondando sin cesar su tienda, pedían á gritos que revocase la orden. "Nosotros hemos venido, decían, para formar una colonia, siempre que el país lo permitiese; ahora ya no necesitamos del permiso del gobernador para formarla. Estas tierras no son propiedad suya, sino que han sido descubiertas en provecho de los soberanos;<sup>1</sup> y así es necesario fundar una colonia mirando á esos intereses, y no perder el tiempo en un tráfico inútil, ó lo que es peor, en volvernos á Cuba estando las cosas en el estado actual. Si os rehusais á lo que pedimos, os acusaremos de desleal ante Sus Altezas."

Cortés escuchó estas reclamaciones con cierto aire de turbacion, como de quien no se las espera en lo absoluto. Pidió modestamente que le concediesen

<sup>1</sup> Unas veces vemos á los escritores españoles refiriéndose á los soberanos y otras á los emperadores. En el primer caso hablan de la reina Juana, la imbecil madre de Carlos V, y de este mismo; pues que en efecto todas las actas públicas y las cédulas se ponían en nombre de ambos. El título de «Alteza» que hasta el tiempo de Carlos V se habia dado al soberano (aunque no uniformemente comúce Robertson en su Hist. de Carlos V, vol. II, pág. 59), fué gradualmente reemplazado por el «Majestad» que tomó Carlos cuando su advenimiento al trono imperial. Este mismo título se suele encontrar á veces en la correspondencia del Gran Capitan y en algunos otros documentos del tiempo de los Reyes Católicos.

algun tiempo para deliberar, y ofreció dar su respuesta al otro día. Cumplido este plazo, convocó á todas sus tropas y les dirigió una breve alocucion. Díjoles que nadie, á juzgar por lo que sentia, podía ser mas adicto á los intereses de sus soberanos y á la gloria del nombre español, como él: que no solo habia gastado todos sus bienes, sino aun contraído fuertes deudas para aviar la expedicion, todo con la esperanza de reembolsarse con las ganancias que le produjese el tráfico con los mexicanos; pero que si sus soldados pensaban de otra suerte, él estaba pronto á sacrificar sus intereses personales en bien del Estado.<sup>1</sup> Concluyó declarándoles su deseo de fundar una colonia con el nombre de los monarcas españoles, y de nombrar los magistrados que debian gobernarla.<sup>2</sup>

1 Segun Robertson, dijo Cortés á sus tropas que se habia propuesto establecer una colonia antes de marchar para el interior de la tierra; mas que abandonó aquel intento al ver los deseos en que ardía su gente por proceder cuanto antes á la incursion. Precisamente á la página siguiente, encontramos á Cortés organizando esa misma colonia. (Hist. of Amer. vol. II, págs. 241, 242.)

El historiador se habria ahorrado de incurrir en esta ligereza, con solo seguir á las dos autoridades que cita, Bernal Diaz ó Herrera, ó la de la carta de Veracruz, de que tenia copia. Todas ellas concuerdan en lo que hemos asentado en el texto.

2 Las-Casas, Hist. de las Ind., MS., lib. 3, cap. 122. Carta de Veracruz, MS. Declaracion de Montejo, MS. Declaracion de Puerto-Carrero, MS.

«Nuestro general accedió despues de algunas instancias, dice con poco comedimiento el soldado viejo Bernal Diaz, porque, como dice el adagio, *tú me lo ruegas ó yo me lo quiero.*» (Hist. de la Conq. cap. 42.)

Para alcaldes escogió á Puerto-Carrero y á Montejo; el primero, íntimo amigo suyo, y el segundo, amigo de Velazquez, que fué precisamente la razon de que lo eligiese; dando en esto un golpe de política que surtió perfectamente. Los regidores, el alguacil, el tesorero y otros funcionarios, los eligió de entre sus amigos y partidarios. Fueron investidos de su autoridad, en la forma ordinaria; y la nueva ciudad recibió el nombre de *Villa Rica de Veracruz*,<sup>1</sup> nombre felizmente escogido para designar esa reunion de intereses espirituales y temporales, á que se consagraban los esfuerzos de los aventureros españoles en el Nuevo Mundo. Así, pues, de una sola plumada se trasformó un ejército en comunidad civil, se dispuso la ereccion y aun el título de una ciudad, aun antes de haber elegido sitio en que fundarla.

La nueva municipalidad no tardó en reunirse: cuando Cortés se presentó con el sombrero en la mano ante aquel augusto cuerpo, puso los poderes de Velazquez encima de la mesa y entregó respetuosamente su dimision del cargo de capitán general, el cual segun dijo, habia cesado naturalmente desde que la autoridad del gobernador se habia trasferido á los magistrados de Villa Rica de Veracruz. En se-

1 Segun Bernal Diaz el nombre de Veracruz le fué impuesto para recordar que habian desembarcado en Viernes Santo, Ubi supra.

guida se retiró de la sala dando señales de una profunda obediencia.<sup>1</sup>

El cabildo, despues de emplear en la deliberacion el tiempo conveniente, mandó á Cortés que volviese á presentarse. "Nadie nos ha parecido, despues de reflexionado maduramente, mas adecuado para encargarse de los intereses del comun, tanto en la paz como en la guerra, como vos; por lo que hemos venido unánimemente en nombraros á nombre de sus Católicas Altezas, capitan general y justicia mayor de la colonia." Se le permitió además, tomar para sí el quinto de todo el oro y plata que se sacara ya del comercio de los indios, ya de las tierras conquistadas.<sup>2</sup> Una vez investido Cortés del mando civil y militar, no tardó en ejercerle, pues á poco se le presentó una ocasion de hacerlo.

• La transicion de que acabamos de hablar habia

1 Solís, que tenia tal manía de hacer arengas, que habia satisfecho aun al mismo abate Mably (véase su Tratado sobre la manera de escribir su Historia), ha puesto en boca de su héroe, una alocucion pronunciada con este motivo, de la que no habla ningun escritor contemporáneo. (Conquista, lib. 2, cap. 7.) Robertson la ha traducido íntegra, á sus brillantes páginas, sin citar el autor de donde la tomaba; el cual autor si se considera que escribió siglo y medio despues de la conquista, y que es el único que trae esta oracion, es preciso convenir en que no merece mayor crédito.

2 « Lo peor de todo lo que le otorgamos, » dice Bernal Diaz, que no dejaba de ser algo quisquilloso, « que le dariamos el quinto del oro de lo que se hubiese, despues de sacado el real quinto. » Hist. de la Conq. cap. 42. La Carta de Veraeruz nada dice del tal quinto. Quien quisiere ver una noticia completa, acerca de aquel célebre convenio, la encontrará en el núm. 8, parte 2ª del Apéndice.

sido tan inesperada y tan rápida, que el partido del gobernador quedó desconcertado y no pudo formar un plan de resistencia. Cuando supieron la última providencia, prorumpieron en acres é injuriosas invectivas, y calificaban todo lo hecho, de una conspiracion contra Velazquez. Estas acriminaciones produjeron la represalia por parte de los soldados del otro bando, hasta el punto de que casi se pasara de las palabras á los hechos. Algunos de los principales hidalgos, entre ellos Velazquez de Leon, de la familia del gobernador, su page y Diego de Ordaz, tomaron tal empeño en alentar aquellos disturbios, que Cortés se vió obligado á adoptar la atrevida providencia de encadenarles y enviarles á bordo de las naves. Dispersó despues el resto de las tropas, destacando á una gran parte de ellas bajo las órdenes de Alvarado á forrajear cerca de allí, y á procurar algunas provisiones para el disuelto campamento.

Durante su ausencia empleó Cortés cuantos argumentos sugieren la codicia y la ambicion para volver de su partido á los díscolos. Dícese que para conseguirlo prodigó las promesas y aun el oro, hasta que por último conocieron claramente cuál era su situacion; y cuando la partida que habia ido á forrajear, volvió con gran copia de gallinas, vegetales y otros refrigerios del estómago, de este gran laboratorio de disgustos, tanto en las reales como en

las ciudades, volvió también el buen humor con la buena mesa, y las facciones rivales se abrazaron amigablemente y se unieron para pelear por la misma causa. Aun los altaneros hidalgos que estaban en las naves, no pudieron permanecer por mucho tiempo de frios espectadores de la reconciliación y uno tras otro fueron reconociendo al nuevo gobierno. Lo más notable es, que aquella reconciliación no fué del momento, sino que en lo de adelante esos mismos hidalgos fueron amigos y partidarios más adictos á Cortés.<sup>1</sup>

¡Tal era la habilidad de este hombre extraordinario, y tal el influjo que en pocos meses había adquirido sobre aquellas almas indómitas y turbulentas! Con tan súbita transformación de un campamento militar en sociedad civil, había zanjado los nuevos y firmes cimientos para sus operaciones ulteriores.

<sup>1</sup> Carta de Veraeruz, MS. Gomara, Crónica, cap. 30, 31. Las-Casas, Hist. de las Ind., MS., lib. 3, cap. 122. Ixtlilxochitl, Hist. Chich. MS., cap. 80. Bernal Diaz, Hist. de la Conq. cap. 42 Declaración de Montejo y Puerto-Carrero, MSS.

En el proceso de Narvaez contra Cortés, se acusa á este último el haber tenido pacto con el diablo, pues solamente así pudo haberse ganado el afecto de las tropas. (Demanda de Narvaez. MS.) Solís por el contrario, no vé más que buena fé y lealtad en la conducta del general, que en todo obró conforme lo exigía su deber. (Conquista, lib. 2, cap. 6, 7.) Solís es un panegirista más incesante de Cortés, que lo fueron su capellan Gomara y los dignos magistrados de Veracruz. Un testimonio mucho más imparcial que unos y otros, es el honrado Bernal Diaz, tantas veces citado, que aunque campeón esforzado de aquella causa, no se dejaba cegar ni por el mérito ni por los defectos de su caudillo.

Ya podía desde ahora proceder sin temor de que le sojuzgase ó desaprobase su conducta ninguna otra autoridad superior, excepto la corona, bajo cuya única inspección quedaba desde aquel momento. Procediendo de esta manera, lejos de incurrir en la nota de usurpador ó de trasgresor de las autoridades legítimas, había hecho caer en gran parte la responsabilidad, sobre los que le habían precisado á obrar. Sobre todo, con aquel paso había vinculado estrechamente la suerte de sus compañeros con la suya propia: habían tomado su suerte en aquella aventura, y buenas ó malas, tenían que soportar las resultas. Ya no se proponía ceñirse simplemente á un sórdido comercio, sino que seguro de la cooperación de todos, iba á meditar y desenvolver gradualmente los magníficos y atrevidos proyectos que guardaba en su pecho, acerca de la conquista del imperio.<sup>1</sup>

Restablecida la armonía, mandó Cortés su artillería gruesa á las naves, y les ordenó que costearan la playa, hácia el Norte, hasta llegar á Chiahuitztlá, la ciudad cerca de la cual estaba situado el nuevo puerto; proponiéndose entre tanto visitar con sus

<sup>1</sup> Esto debe parecer muy natural á quien quiera que considere que Cortés había nombrado á aquel cuerpo y aquel cuerpo le nombró. Pero el afectado respeto á las formas legales, encubría, por ahora á lo menos, de cierto barniz sus procedimientos para con las tropas. En cuanto á lo futuro, se confió á su buena estrella, ó en otras palabras, al éxito de su empresa, para justificar su conducta ante el emperador; y en efecto no se equivocó en su cálculo.

tropas á Zempoalla. El camino pasaba durante algunas millas por las secas llanuras que circundan á la moderna Veracruz. En aquellos horrorosos arenales no encontró ni rastro de vegetacion; lo único que de vez en cuando venia á recrear su vista, era el magnífico azul del Atlántico y la lejana y soberbia perspectiva del Orizava, que descuella coronado de su limpísima diadema de nieve, sobre todos sus hermanos de los Andes.<sup>2</sup> Al paso que se internaban, el campo estaba mas verde y mas ameno. Atravesaron un rio, tributario probablemente del rio de la Antigua, en balsas y en algunas canoas rotas que encontraron á las orillas. Entonces vieron un paisaje enteramente diverso. Anchas llanuras alfombradas de fresco verdor y sombreadas por espesos bosques de cocos y de hojosas palmeras, por entre cuyos altos y esbeltos troncos se veian gamos y otros

1 El nombre de la montaña no se dice, y probablemente ni se conocia; pero la prolija descripción de la carta manuscrita de Veracruz, no dejaba duda de que se queria hablar del Orizava. «Entre las cuales así una que excede en mucha altura á todas las otras, y de ella se vé y descubre gran parte de la mar y de la tierra, y es tan alta que si el dia no es bien claro, no se puede divisar ni ver el alto de ella, porque de la mitad arriba está toda cubierta de nubes; y algunas veces, cuando hace muy claro dia, se vé por cima de las dichas nubes, lo alto de ella; y está tan blanco que lo juzgamos por nieve.» Carta de Veracruz, MS. A esta enorme montaña llamaban los mexicanos, Citlaltepec, ó «monte de la estrella,» quizá por el fuego que solia salir de su cumbre, que tanto se elevaba sobre las nubes. Está en la Intendencia de Veracruz, y segun la medición de Humboldt, se eleva á la enorme altura de 17,368 piés sobre el nivel del mar. (Essai politique, tom. 1.º pág. 265) Es el altísimo, pero único pico que hay en toda la cadena de la Cordillera mexicana.

varios animales agrestes, desconocidos de los españoles. Algunos de los de la caballería dieron caza é hirieron á varios gamos, pero no consiguieron cojerlos. Vieron igualmente faisanes y otros pájaros, entre ellos al pavo silvestre, orgullo de las selvas americanas, al cual describen los españoles como una especie de galli-pavo.<sup>1</sup>

En la travesía pasaron por algunos pueblecillos, donde habia templos, y en estos encontraron incensarios y otros utensilios sagrados, y además, manuscritos en hilo de maguey, que contenian algunas pinturas, que representaban seguramente las ceremonias religiosas. Tambien vieron el horrendo espectáculo que tantas veces presenciaron despues, del mutilado cuerpo de víctimas humanas inmoladas á las execrables deidades de aquella tierra. Los españoles apartaron la vista con horror é indignacion, de aquellos sangrientos objetos que formaban tan triste contraste con la hermosura y lozanía de la naturaleza.

Proseguian su marcha á lo largo de las orillas del rio, dirigiéndose hácia su nacimiento, cuando encontraron á doce indios enviados por el cacique de Zempoalla, para enseñarles el camino de su residencia. Aquella noche acamparon en una llanura descubierta, donde los naturales les proveyeron de todo lo necesario. Al dia siguiente dejaron el rio, é in-

1 Carta de Veracruz, MS. Bernal Diaz, Hist. de la Conq. cap. 44.